

Sandra Marcela Gómez

Restauradora de Bienes Muebles de la Universidad Externado de Colombia.


Especialista en Estudios Culturales de la Pontificia Universidad Javeriana.

Trabajó como conservadora en el Museo de Arte Contemporáneo de Bogotá.

Actualmente es auxiliar de investigación en historia en el Centro de Investigaciones de Proyectos Especiales de la Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales de la Universidad Externado de Colombia.
E-mail [sandramarcelagomez@yahoo.com]

a partir de unos paradigmas elitistas y excluyentes. Estableció unas fronteras entre los merecedores de hacer parte de este proyecto y los otros. En este proceso, esos otros estigmatizados bajo estereotipos de atraso y subdesarrollo fueron sentenciados a desaparecer, a ser sustituidos, o simplemente fueron desplazados hacia el olvido. A su vez, el turismo, como industria promotora de la modernidad, se convirtió en la plataforma de reconocimiento dentro de un proceso de globalización incipiente, transformó a la ciudad en un producto de consumo, en una narración coherente y unificada, dirigida y pensada para cierto tipo de personas, muy diferente a la ciudad real, fragmentada.

Desde los estudios culturales, entendiéndolo a la cultura como campo de confrontación simbólica, de lucha por el control de significados y de negociación del poder social, las guías turísticas son interpretadas como una herramienta en la lucha por imponer un significado concreto de ciudad.



**LA POLÍTICA DE LA MIRADA.
LAS REPRESENTACIONES
DE LAS GUÍAS TURÍSTICAS
DE BOGOTÁ EN LOS
TREINTA**

**HOW TOURIST GUIDES
FOR BOGOTA IN THE
1930s REPRESENT THE
CITY THROUGH PUBLIC
POLICIES**

Resumen

El presente ensayo es un análisis de las primeras guías turísticas de Bogotá, años 30. La modernidad como proyecto instauró un modelo de lo que significaba ser ciudad,

Palabras clave: Bogotá, turismo, guía turística, modernidad, representación, década del 30, ciudad moderna, ciudad antigua, ciudad progresista, ciudad ruina, ciudad invisible, ciudad exótica, estudios culturales.

Abstract

This essay is an analysis of the first tourist guides of Bogotá in the 1930s. The modernity, as a project, created a model of what meant to be a city, originated from some elitist and excluding paradigms. It established some frontiers among the worthy ones that take part of this project and the other ones. In this process, those other stigmatized by subdevelopment stereotypes, were sentenced to disappear, to be substituted, or simply displaced toward the forgetfulness. The tourism as an industry that promotes the modernity, became the recognition platform inside a process of incipient globalization,

transformed the city into a consumption product, a coherent and unified narration directed and thought for certain type of people, very different to the real, broken into fragments city.

From the cultural studies, understanding to the culture as a field of symbolic confrontation, of fight for the control of meanings and of negotiation of the social power, the tourist guides are interpreted as a tool in the fight to impose a concrete meaning of city.

Key words: Bogotá, tourism, tourist guides, modernity, representation, 1930s decade, modern city, old city, progressive city, ruin city, invisible city, exotic city, cultural studies.

Bogotá se ha convertido para muchos en el imaginario del caos, del desorden y de la incertidumbre. Se ha desplegado en múltiples capas, fragmentos que se cruzan y se tejen formando más de mil rostros que presentan como principal elemento en común la violencia. No obstante, esta ciudad que se desborda, que es imposible mantener en control, puede ser entendible como el resultado inevitable de la ruptura de los límites que pretendió implantar la modernidad.

Como señala ALEJANDRA JARAMILLO: “La modernidad se ha encargado de crear límites que excluyen de su ‘realidad’ todo aquello que no se parece a ella misma, y en esa exclusión ha ido invisibilizando las otras caras de la ciudad” (2003, p. 114). Es decir, la modernidad como proyecto, creó un modelo específico de lo que significaba ser ciudad, a partir de unos paradigmas elitistas, excluyentes. Estableció unas fronteras entre los merecedores de hacer parte de este proyecto y los otros. En este proceso, esos otros estigmatizados bajo estereotipos de atraso y de subdesarrollo, fueron sentenciados a desaparecer, a ser sustituidos, o simplemente

fueron desplazados hacia el olvido.

El ideal de ciudad moderna como “totalidad”, se fue fragmentando en múltiples partes, pero siguió manteniendo su imaginario de unidad al hacer solamente visibles unos fragmentos ordenados bajo un discurso oficial coherente y unificador, bajo representaciones ideales que sirvieron de herramienta de ocultamiento de las múltiples contradicciones que generó la modernidad. Justamente, este ensayo se centra en el estudio de dos representaciones que muestran esa ciudad “total”, que revelan la ciudad “moderna” en construcción: *Bogotá: Guía turística* de EDUARDO ACEVEDO LATORRE, impresa en 1933 y *Santa Fe de Bogotá IV centenario, 1938: guía ilustrada*, escrita por RICARDO VALENCIA RESTREPO.

Para el análisis de estas guías turísticas se partió de tres ejes centrales. Primero, las guías turísticas son interpretadas como una representación, en el sentido que eligen unos elementos concretos de la ciudad, los cuales son recreados, narrados desde un lugar de enunciación, desde una perspectiva particular desde la cual se habla ejerciendo el poder (HALL, 1997). En este sentido, al analizar cada documento se entiende que son el resultado de una intencionalidad que animó su realización. No obstante, es importante aclarar, esa intencionalidad es entendida en este ensayo como el resultado de unas prácticas sociales que evidencian un carácter colectivo, un orden social, que responden a un contexto determinado. Por lo tanto, se dejan a un lado las perspectivas históricas que consideran los documentos, las fuentes, como parte de un relato que tiende a la objetividad, que evidencia los hechos tal como fueron,

¹ Este espíritu científico, o mejor, la intención de hacer un retrato fiel, acorde con la “verdad” se deja entrever en las palabras que sirven de prólogo a la guía de Valencia: “Tarea ardua y difícil para una oficina con un solo hombre, que hoy se encuentra satisfecha al ver cristalizado su esfuerzo, por el apoyo unánime que hubo de recibir de las distintas entidades, empresas o personas a quienes tuvo necesidad de dirigirse y que dan al texto la más clara y limpia verdad porque se puso por cada uno de ellos un

aunque, precisamente, la intención de los autores de las guías sea hacer un retrato de la ciudad tal cual “es”¹.

Las guías turísticas son tomadas entonces como el rostro de un territorio recreado, como el ideal de ciudad establecido por un determinado grupo social que tiene el poder de hablar y de elegir. Son el testimonio de lo que ese grupo social admira, valora, lo que desea mostrar, e inevitablemente, son la evidencia de lo que se rechaza, se excluye, se niega. Aunque posiblemente para muchos las guías sean simplemente documentos banales y sin importancia, ellas adquieren otro sentido al ser entendidas como una herramienta de difusión, como parte de una red de poder/saber, usando los términos de FOUCAULT, que pretende naturalizar una visión *de ser ciudad* particular desde un lugar específico de enunciación. Las guías emergen al mismo tiempo que posicionan unas prácticas sociales concretas que implican una forma de ejercer poder sobre los otros, a partir de la posesión de un saber que a los otros se les ha negado y sobre todo de una forma de entender y vivir la ciudad a la cual pocos tienen acceso. En pocas palabras, son una herramienta en la lucha por imponer un significado concreto de ciudad.

Segundo, se eligió la década de los 30 como escenario temporal de interpretación, reconociendo, como muchos autores lo afirman, que fue a finales del siglo XIX y la primera parte del siglo XX, en la que se dieron las principales transformaciones urbanas en Bogotá. “El paso de la aldea a la ciudad”, es la afirmación que muchos autores hacen al hablar de un período calificado de transición hacia lo que ya definitivamente sería catalogado como “ciudad”. Un proceso que transformó la forma de ver y entender a Bogotá, que trajo consigo nuevas formas de relacionarse, de vivir y habitar. Se mejoraron los servicios públicos como el acueducto y el alcantarillado, apareció la luz eléctrica y el teléfono, se pusieron en funcionamiento

medios de transporte como el tranvía, aparecieron automóviles en las calles; se dio paso a la construcción de grandes edificios y avenidas, se construyeron parques, alamedas y paseos, aparecieron los teatros de cine y los primeros radios de tubos, al mismo tiempo que las calles se llenaron de cafés, restaurantes, clubes privados y almacenes. Como señala URREGO, “La industrialización y la urbanización crearon, en pocos años, una nueva ciudad para los bogotanos. Las nuevas referencias urbanas, como las calles, edificios, parques, casas, etc., y la instalación de los diversos servicios públicos transformaron el conjunto de conceptos con los cuales el habitante de Bogotá asumía su cotidianidad” (1997, p. 348).

Pero la década de los 30 marca un hito importante, el ascenso al poder del partido liberal en cabeza del presidente ENRIQUE OLAYA HERRERA, después de 50 años de hegemonía conservadora. En este período, la modernización se convierte en bandera política y en programa de gobierno. En 1933 se crea el Departamento de Urbanismo como dependencia de la Secretaría de Obras Públicas Municipales; se produce el primer plan urbanístico dirigido por el austriaco KART BRUNNER (1936); se construye el primer aeropuerto de la ciudad, aeropuerto de Techo (1930); se edifica la represa de La Regadera y la planta de tratamiento de agua de Vitelma, proporcionando a la ciudad el primer acueducto moderno (1934-1938); se construyeron nuevas zonas industriales y residenciales como el barrio Palermo y se edifican importantes construcciones como la Biblioteca Nacional (1934), el Estadio El Campín (1938-39), entre otras. Cambios sumados a un aumento considerable en la población, el Censo Nacional de 1938

alto fervor para no salirse de la realidad, comprendiendo que estas páginas quedarían guardando una parte de historia de Bogotá” (1938, p. 14).

indica un resultado de 330.000 habitantes, más del doble de los que tenía 20 años antes (JARAMILLO, 1998, p. 116).

También la elección de esta década respondió a fines metodológicos. Al hacer una revisión de las guías existentes sobre Bogotá me encontré un gran vacío: se conservan varias guías del siglo XIX, pero al llegar al siglo XX, la primera guía aparece sólo hasta el año de 1933. Esto implicaba unos límites al no poder investigar las primeras décadas, obviamente, por ausencia de la fuente.

No obstante, este vacío condujo la investigación hacia el encuentro del tercer punto. La mayoría de guías anteriores al siglo XX se titulaban “Guía de forasteros”, en cambio la guía de 1933 se titula “Guía Turística de Bogotá”. Esto señala un cambio, el surgimiento en Bogotá de una práctica social y económica propia del capitalismo: *el turismo*². El turismo es la oportunidad de darse a conocer en el exterior a partir del comercio de los llamados centros de turismo-atractivos turísticos, es decir, escenarios que se “sobresalen” por sus valores históricos, artísticos, por ser maravillas naturales, por sus riquezas, etc.

“Organizado como industria, intervenido por el Estado y utilizado como medio de hacer conocer nuestros recursos materiales, posibilidades económicas, grado de adelanto, costumbres, instituciones, bellezas naturales y obras notables realizadas por el ingenio y labor del hombre” (“Turismo y turistas”, *Viajes*, n.º 39, junio de 1940).

Es posible reconocer un mapa político, cultural a partir de las guías. Al identificar los elementos, los rasgos y el lenguaje a partir del cual se describen, no sólo se sabe desde donde se habla, sino con quien se quiere hablar. Bogotá en los años 30 es un territorio que apenas está empezando a entrar a un sistema capitalista que tiende a lo global, es

una ciudad marginal que lucha por ser vista. Dentro de esta batalla del reconocimiento, el turismo se convierte para muchos en la llave mágica que permite abrir la puerta al exterior, es el acceso al capitalismo por ende al progreso y a la modernidad.

La Bogotá de los treinta

Bogotá Moderno

Política y periódicos [...] gran ruido de tranvías,

De autos y caminos desde el amanecer:
Muchachas que seducen con sus coque-
terías

Y hacen a los varones la cordura perder.

Gran cantidad de apaches y pocos po-
licías;

En las esquinas muchos avisos que leer;
Radios con oradores de mil categorías
Y en los bancos dinero que no se deja
ver

Espectáculos varios en las horas noc-
turnas,

Clérigos y bohemios de faces taciturnas,
En los dancing los jazz-bans de piano y
sagsofón.

Muchachitos escuálidos que duermen en
las puertas,

Agentes con sirvientas en las calles
desiertas

Y más de cien maquetas buscando an-

² El 26 de junio de 1931 se lee en el Diario Oficial de la república de Colombia: “Ley 86 de 1931. Por la cual se fomenta el turismo en le territorio de la república. El Congreso de Colombia Decreta: Artículo 1.º. Créase el servicio oficial de turismo y facúltese al Gobierno para establecer la respectiva oficina [...] Artículo 2.º. La oficina central de turismo tendrá las siguientes atribuciones: [...] b. Dar a conocer dentro y fuera de Colombia los centros de turismo, las bellezas y riquezas del país, sus puntos históricos, sus medios de locomoción y sus posibilidades comerciales...”.

fitrión.

GUSTAVO DEL CASTILLO (*Viajes*, n.º 19, abril de 1938).

Para comprender la representación de las guías turísticas, es necesario entender cómo era Bogotá en los 30, cómo se estaba dando el proceso de urbanización, cómo se extendía para dar paso a nuevos territorios y límites. Retomando a SAMUEL JARAMILLO (1998), Bogotá estaba compuesta principalmente por dos grandes elementos: la ciudad central y las periferias. En la ciudad central habitaban múltiples elementos, principalmente se concentraba lo antiguo, lo colonial, presente en iglesias, antiguas casas, etc., que convivían con las instituciones públicas, los bancos, algunas casas residenciales disgregadas, y gran cantidad de comercio. En contraposición, las periferias se definían por rasgos uniformes, siendo los lugares preferidos para las urbanizaciones residenciales. Éstas presentaban una clara bifurcación, cuyo referente era la jerarquización social: existían los barrios residenciales, los barrios obreros y los otros, definidos por muchos comentaristas de la época como casuchas, focos de infección moral, etc., que vendrían a ser lo que reconocemos hoy en día como barrios piratas. Los barrios residenciales o urbanizaciones



Barrio residencial Teusaquillo

eran conformados por la clase social alta, que con el tiempo se había empezado a desplazar del centro hacia el norte. Sus casas eran un claro símbolo de la modernidad, definidas bajo la categoría de mansiones o quintas, de uso exclusivo residencial:

Réstanos solamente añadir que los particulares han contribuido espléndidamente al progreso material de la ciudad con la construcción de residencias privadas a lo largo de las grandes avenidas, residencias que en lo general llevan el sello del buen gusto, y que a cada paso sorprenden por la variedad de los estilos y la amplia comodidad de que dan idea los prados y jardines que adornan la entrada de muchas de ellas (VALENCIA, 1938, p. 36).

Los barrios obreros se localizaban en el sur, eran barrios que habían comenzado a formarse principalmente en los años 20 como resultado de la industrialización, un ejemplo de éste es la Perseverancia que quedaba cerca a la fábrica Bavaria, barrios identificados socialmente por su relación con lo laboral, a diferencia de las residencias que se identifican exclusivamente con lo habitacional. Finalmente se encontraba la periferia de los cerros orientales: el Paseo Bolívar, donde se ubicaban personas de clase baja, reconocido como uno de los sitios más peligrosos e insalubres de la ciudad. De esta localización social en la ciudad, se empieza a formar una polarización geográfica que identifica el norte como el espacio de los ricos y el sur como el de los pobres. Reconociendo el mapa cultural que se establece internamente en la ciudad, es entendible cómo la modernización está únicamente asociada a algunos elementos del centro y de la periferia del norte, el resto es solamente mencionado como referencia negativa, evidenciando un proceso selectivo y excluyente. De este modo cada icono de la modernidad está asociado, es decir, las

grandes avenidas y calles recorren las zonas comerciales, la de las grandes casas, los altos edificios, donde los carros transitan.

En las guías turísticas de los 30, la ciudad es perceptible por fragmentos relacionados por funciones, mas no por una conexión geográfica. Está el ítem de transporte, establecimientos de educación, teatros y lugares para espectáculos, servicios municipales, etc. Pero al hacer el ejercicio de ubicarlas en el mapa de Bogotá, se empieza a hacer perceptible el mapa cultural. Los bancos, edificios públicos, consulados, museos, iglesias, hoteles, cafés y principales almacenes, se ubican en el centro, en especial los de entretenimiento, sobre la carrera séptima, ninguno pasa de la calle 6.^a en dirección sur. Los hospitales y lugares de asistencia social –centros de protección infantil, dormitorios, asilos–, se ubican de forma disgregada en el centro, desde la calle 1.^a hasta la 18, carrera 3.^a hasta la 19, con algunas excepciones pasan el límite, hacia el norte, de la avenida Jiménez de Quesada. Los grandes parques –Centenario, Independencia y el Nacional (1938)–, se ubicaban hacia las afueras de Bogotá, en dirección norte. Los centros científicos, como el Observatorio Nacional, la Academia de Historia, las diferentes facultades, están ubicadas en el centro, ninguna pasa de la calle 8.^a hacia el sur, algunas excepciones, obviamente de construcción reciente, están en el norte. Monserrate y Guadalupe, son los únicos habitantes de los cerros. De la calle 6.^a hacia el sur, no hay nada reseñado en las guías y en el occidente, de forma aislada y distante, está el Matadero moderno, el Cementerio Central y el Cementerio de Chapinero. Con respecto a los barrios, sólo la guía de Acevedo enumera los nombres de los más importantes: Barrio de Chapinero, Las Aguas, San Diego, etc., sin determinar su ubicación. Luego afirma: “A más de éstos hay alrededor de 20 barrios obreros y algunas urbanizaciones en formación” (1933, p. 28).

El centro es el escenario de la ciudad por excelencia, en él se dan cita los principales protagonistas de la modernidad, el comercio, la ciencia y los centros de poder gubernamental. El norte es la ciudad de la clase alta en formación, que se aísla de cualquier encuentro social no deseado –los barrios obreros y en formación, la industria, los lugares de asistencia social–, mientras el occidente parece estar marcado por el imaginario de la muerte y el sur ni si quiera existe.

Quién habla

Para empezar el análisis considero importante partir por identificar quién habla y desde dónde habla. La guía más antigua que se encuentra en los archivos es de 1794, titulada “Guía de Forasteros”. Esta guía y todas las realizadas hasta el siglo XIX, son hechas por orden del “Superior Gobierno”, del cual hace parte la Iglesia como lo demuestran los nombres de los miembros del Gobierno entre los que se encuentra el arzobispado. Contrariamente, las guías que empiezan a aparecer a mitad del siglo XIX y se mantienen hasta aproximadamente la mitad del siglo XX, son realizadas por eruditos, por historiadores que poseen saberes especializados. Se podría llegar a pensar que esto significa el surgimiento de un grupo social autónomo que decide encargarse de este tipo de empresa, lo que implicaría una distancia entre el Gobierno y cierto sector social.

Siguiendo a ÁNGEL RAMA, es justamente lo contrario. El aparente cambio de autoría en las guías marca la formación de un grupo social especializado, que el autor denomina: “ciudad letrada”. De ésta, hacen parte los religiosos, los administradores, educadores, escritores, en sí múltiples servidores intelectuales, encargados de transmitir y legitimar los diferentes saberes, significados y prácticas sociales, que hacen

posible el ejercicio del poder por parte del Gobierno. En sus palabras:

Para facilitar la jerarquización y concentración del poder, para cumplir su misión civilizadora, resultó indispensable que la ciudades, que eran el asiento de la delegación de los poderes, dispusieran de un grupo social especializado al cual encomendar esos cometidos (1984, p. 23).

El autor de *Bogotá, Guía del Turista*, es EDUARDO ACEVEDO LATORRE, reconocido en la época como novelista y prosista colombiano³. Al poseer diferentes saberes especializados, adquiere una posición social privilegiada que le da autoridad, que le permite tener voz y poder de decisión. Este ejercicio del poder no tan visible como el Gobierno, pero no por eso menos importante, vendría siendo, en palabras de RAMA, “el anillo protector del poder y ejecutor de sus órdenes” (1984, p. 25). A partir de la letra, de lo simbólico, de los significados, el erudito va designando como nomenclador urbano cuáles son los sitios importantes, los nombres de las calles, de las plazas, de los espacios públicos, retoma y legitima sucesos y personas importantes. Construye una ciudad imaginaria que ordena e interpreta, un laberinto de signos que sólo son accesibles a un determinado grupo social (RAMA, 1984).

Esta relación estratégica con el gobierno es visible en los textos que aparecen en la contraportada de la guía: “Derechos registrados conforme a la ley”, y una dedicatoria que dice: “Al excelentísimo señor doctor ENRIQUE OLAYA HERRERA, Presidente de la República y entusiasta propulsor del turismo en Colombia, dedica atentamente este trabajo el autor”. En sí, se puede hablar de una publicación de carácter oficial, que es visible, es decir fue publicada y conservada, muy posiblemente a causa de esta condición.

Predominantemente durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX en Bogotá, se da el surgimiento de una pequeña burguesía urbana, y con ello el fomento en las letras, la formación de una reducida sociedad del conocimiento. Muchos políticos y en sí personas que ejercen públicamente puestos de alto poder en el gobierno, son a su vez literatos, poetas, periodistas, historiadores, académicos, en pocas palabras ilustrados. Esto refuerza la noción de ciudad letrada, una ciudad que transmite las doctrinas del Gobierno no sólo a través de leyes y el control policial, sino también en diversas expresiones escritas que se introducen más fácilmente en la cotidianidad. Además, manifiesta el fortalecimiento de la cultura ilustrada, que marca una clara frontera entre lo denominado “culto”, poseedor de cierto tipo de saberes especializados, y lo comúnmente denominado “pueblo”. Aunque es importante aclarar qué tipo de saberes especializados se legitiman como parte de un área “ilustrada”: artes, literatura, historia, etc., que dejan por fuera otro tipo de saberes que igualmente implican especialización, como el trabajo de los artesanos.

En el caso de *Santa Fe de Bogotá IV Centenario 1938. Guía Ilustrada*, la autoría no es de un letrado, ni de una institución académica especializada, sino directamente del Gobierno, específicamente del Director Nacional de Turismo: RICARDO VALENCIA RESTREPO. Este cambio corresponde con la creación en 1931 del Servicio Oficial de Turismo.

A pesar de ser una publicación realizada directamente por el Gobierno, necesita del

³ Se destaca por la publicación de diccionarios geográficos y atlas de Colombia. Fue condecorado con la Cruz de Boyacá y la orden de San Carlos y recibió el premio Panamericano de Geografía en 1978 (Catálogo Biblioteca Luis Ángel Arango).

conocimiento y la legitimidad que dan las ciencias especializadas, como lo expresa la introducción:

Abre el libro una magnífica descripción de la ciudad, hecha por el actual Secretario de la Academia Colombiana de Historia, doctor ROBERTO CORTAZAR [...] Sigue en el orden de la publicación un trabajo del distinguido historiador don DANIEL ORTEGA RICAURTE sobre las estatuas, monumentos y bustos [...] Esos dos trabajos fueron, en su orden, aprobados y aplaudidos por la Academia Colombiana de Historia y por la Sociedad de Mejoras y Ornato... (VALENCIA, 1938, p. 10).

Paralelamente al discurso ilustrado, se da un discurso oficial que se plantea desde una perspectiva igualmente científica pero desde un lenguaje que tiende más hacia lo cuantitativo que hacia lo cualitativo:

Viene después un trabajo bastante completo y ordenado sobre las distintas actividades de la ciudad. Todo él está basado en datos *estadísticos oficiales*, y por consiguiente debe merecer la confianza del público así como la merece de vuestra comisión (VALENCIA, 1938, p. 10).

Este discurso oficial, no está legitimado por la pertenencia a una institución académica como tal; su veracidad se da al provenir del Gobierno pero desde un lenguaje específico: “la estadística”. Un lenguaje propio de la modernidad habla y configura la ciudad, un lenguaje que habla desde la razón, desde la objetividad, desde la veracidad, desde la conquista de la naturaleza y de lo humano. Una forma de entender la ciudad, de mirarla, transforma a toda un colectivo en un sistema de datos organizados. Ahora la ciudad no sólo es abarcada en una supuesta totalidad, sino que ésta es traspasada a un lenguaje numérico completamente dominable, modificable, el lenguaje del Gobierno.

En sí, encontramos que la ciudad, en las guías de los 30, se enuncia desde un discurso científico, pero desde dos lenguajes diferentes que corresponden cada uno a un lugar de legitimación especializado. Este discurso científico adquiere al mismo tiempo carácter de veracidad al ser enunciado o aprobado desde un orden trascendente representado por el Gobierno.

La ciudad moderna

En las guías de los 30, es posible reconocer la presencia de dos tipos de ciudad: la antigua y la progresista, que vendrían siendo las que configuran la ciudad moderna. La antigua, es esencialmente el susurro de la Colonia, conformada por monumentos, iglesias y museos. En contraposición, la progresista, es la ciudad de las avenidas, los grandes edificios, centros científicos, establecimientos de comercio y de industria. Cada una maneja sus propios paradigmas, al igual que sus fronteras. Estas dos ciudades conviven, se cruzan, se superponen, dando en aparente unión la imagen de la ciudad turística.

La ciudad antigua

La ciudad antigua emerge desde la historia. Para EDUARDO ACEVEDO LATORRE, la historia comienza desde los Chibchas, a los que define como:

La nación indígena de los Chibchas, tribu ésta, la más numerosa y adelantada de cuantas poblaban el territorio colombiano y la tercera en categoría de las halladas en América. Al parecer se cree que estos indios no sabían leer; su idioma era bastante pobre, en cambio eran muy valerosos; habitaban chozas de mezquina construcción cubiertas con paja... (ACEVEDO, 1933, p. 21).

En primera instancia el autor aparentemente valora a los Chibchas al afirmar que era la tribu más adelantada de Colombia y la tercera en América, obviamente no se podría esperar

algo diferente, teniendo presente que son los antecesores de la capital del país, de la ciudad más importante del territorio nacional. Pero luego, la narración da un giro señalando características pertenecientes al imaginario de una cultura atrasada, más cercanas al significado de bárbaro: no sabían leer, idioma pobre, valerosos, mezquina construcción.

Luego en la guía aparece otra referencia a los Chibchas en la descripción del contenido de la “primera sala o de la Conquista” del Museo Nacional: objetos prehistóricos, momias indígenas, alfarería, dijes y piezas de oro, entre otras cosas (ACEVEDO, 1933, p. 99). No obstante, en ninguno de los dos ítems citados aparece alguna referencia al indígena actual, no existe algún imaginario que identifique a la cultura indígena como parte de la ciudad actual.

Contrariamente, en la guía de RICARDO VALENCIA RESTREPO, la historia de la ciudad comienza con la fundación de Bogotá, el 6 de agosto de 1538, por don GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA, “Licenciado en Derecho y una de las figuras de más atrayente relieve en el teatro de la Conquista española” (1938, p. 17). No hay ni el menor asomo de los indígenas en la narración de la historia, sólo son mencionados en la descripción de la colección del salón titulado “aborígenes” del Museo Nacional. Partiendo de este reconocimiento, surgen las preguntas: ¿qué implicaciones tiene que se incorpore o no a los Chibchas, a los indígenas, como parte de la historia de Bogotá?, ¿qué simboliza que no aparezcan como parte de la ciudad actual?

Desde que Colombia se centralizó, en el Gobierno de NÚÑEZ (1886), el proceso de formación de nación se acentuó y con ello, la constitución de símbolos que proponían una identidad en común. Este proceso de formación de nación ha sido debatido por muchos autores que coinciden en afirmar que es ante todo una imposición dominante, como señala el historiador URREGO: “La construcción

de la cultura nacional, entendida ésta como un discurso configurado con símbolos, frases, mitos, estereotipos, nociones vagas, imágenes colectivas, que dan rostro a una formación social y sentido de pertenencia a una nación, corresponde a la imposición del modelo de sociedad que un sector dominante consideró el más adecuado a sus intereses y que para el conjunto de la sociedad aparecía como el más ‘natural’” (1997, p. 36). En Bogotá este proceso fue central al ser la capital de Colombia y por ende la ciudad principal. Esto implicó consideraciones determinantes, como lo expresa la guía de VALENCIA: “Bogotá seguirá siendo el crisol donde se funden los verdaderos valores de la República y su labor de esparcir la luz a todo lo ancho de la nación no cesará jamás” (1938, p. 20).

El reconocimiento de unos símbolos y no otros, define el valor que se le quiere dar a una sociedad, al mismo tiempo que los significados que implican se hacen más legítimos, se justifican y se fortalecen si emergen de la historia. En ambas guías, los habitantes de la Bogotá actual son definidos por nociones como civilizados, pertenecientes a una sociedad aristocrática y elegante, de buen gusto, una sociedad de cultura, entre otras. Estas características emergen de una historia europea, de una historia que está marcada por la conquista de España, como señala la guía de VALENCIA: “primeramente el sello de cultura y civilidad que le imprimió su fundador” (1938, p. 19). Un mapa cultural se va haciendo visible, un mapa en el que España marca la superioridad en contraposición de la negación de los rasgos indígenas, que son reconocidos como símbolos de inferioridad. Esta forma de pensamiento crea una frontera de raza, entre los descendientes de los españoles y

⁴ El debate de la raza tiene su correlato en el turismo, como se lee en este párrafo proveniente de Viajes - Revista de Turismo: “En Colombia no se ha adquirido aún el hábito de viajar. Cuando se mueve de un lugar a otro, obra por excepción. En sus presupuestos ordinarios no figura la

los descendientes de los indígenas, que no son reconocidos (me pregunto, ¿en dónde quedarán los mestizos?). Esta frontera hace eco al debate de la raza que se dió especialmente en la década del 20 en Bogotá. “Los debates surgen como consecuencia del cuestionamiento sobre las aptitudes de las gentes del país para soportar el empuje de la modernización” (URIBE, 1999, p. 40). Hay diferentes posiciones, desde la que defiende la teoría, venida de Europa, según la cual existe una evidente inferioridad del hombre del trópico frente a la zona templada, hasta reivindicación de la raza india. En sí, el tema de la raza nace especialmente de las tesis del determinismo geográfico⁴, biólogos y herenciales, provenientes del influjo positivista (URIBE, 1999).

En las guías pareciese que se llegara a un “acuerdo”, entre los diferentes significados. Está bien, se incorpora lo indígena, pero representado a partir de los Chibchas, en pocas palabras, un pasado remoto sólo visible a partir de objetos arqueológicos, de ruinas clasificadas en museos. En cambio, la cultura española sobrevive, está fuertemente presente en valores “positivos” en la sociedad. Esta circunstancia demuestra cómo la historia es una herramienta política, no sólo por el hecho de narrar una sola versión de la realidad –la oficial–, sino también porque fija algunos sucesos, los vuelve inmodificables; fantasmas que no tienen nada que decir del presente, que no representan ningún riesgo, ninguna amenaza en la actualidad. De esta manera, lo indígena entra a ser parte del discurso nacional desde un pasado momificado, inalterable, que bien da cuenta cómo las cosas en el presente han cambiado, o mejor dicho, cómo “han evolucionado”. En ese sentido, Bogotá se ubica, se clasifica dentro de la escala de la civilización, como una ciudad que dejó atrás, en el pasado, los rasgos que la determinaban como una cultura atrasada y por lo tanto posibilitan la “evolución”.

Es interesante contrastar la representación de la cultura Chibcha con el indígena que vive en Bogotá en los años 30. El indígena de las primeras décadas del siglo XX aparentemente no tiene ninguna relación con lo Chibcha, es un ser marginal, anónimo, sin derecho a la historia, presente en características negativas que lo reducen a una relación de subordinación.

Probablemente el indio es una inteligencia dormida. En medio de las magníficas condiciones morales que han caracterizado siempre una deficiencia de organización mental y la falta de un superior alcance intelectual. La verdad es que el indio ha “querido” siempre y ha “pensado” poco. [...] Nótase que esta inteligencia limitada y no desenvuelta, ofrece sin embargo innegables condiciones de superioridad, en lo que llamaríamos la calidad del pensamiento. El indio sabe pocas cosas, pero lo que sabe lo sabe mejor que nadie [...] De aquí que el indio sea un obrero ideal para ciertos trabajos rutinarios en las artes y oficios... (*El Tiempo*, 23 enero de 1924, p. 3)⁵.

Continuando con la identificación de la ciudad antigua, se encuentran los monumentos y bustos que custodian las plazas y los parques de la ciudad. Cada escultura, cada inscripción, simboliza la existencia de “un gran hombre”, de una “figura nacional”, de un personaje cuya memoria se hace materia en la piedra y el metal que pretenden alcanzar la eternidad. Como señala VALENCIA: “Una ciudad que se precia de tal no puede prescindir de estos

partida para asegurar el cambio de clima frecuente [...] Y esta inmovilidad no sólo implica el abandono de una de las actividades más necesarias a la formación del sentido nacionalista y la cultura racial. Porque en un país de climas inmutables, los organismos que no se trasladan adquieren una rigidez que contrasta con la elasticidad y el brío mental de las razas europeas” (*Viajes*, 1937, n.º 12, s. p.).

⁵ Hay que tener presente que en la década del 20 en Bogotá surge la “clase obrera”, como resultado del proceso de industrialización y modernización de la ciudad.

signos exteriores de la historia de sus anales, y es la manera más eficaz de transmitir una enseñanza colectiva, bien para seguir los grandes nombres, bien para estigmatizar los hechos deplorables” (1938, p. 28).

Otro elemento protagónico de la ciudad antigua son las iglesias. Las iglesias reflejan principalmente dos significados. Primero, evidencian una sociedad “netamente católica” como señala la guía de VALENCIA, una sociedad que “por grandes que fueron en otras épocas las persecuciones del poder civil, no fue posible arrancar de la mayoría de los bogotanos sus firmes creencias religiosas, base del orden en la marcha de la sociedad” (1938, p. 30). Segundo, su carácter artístico en tanto obra en sí misma, como contenedor de éstas. En la arquitectura se observan diversos estilos: dórico, barroco, románico, renacimiento alemán, entre otros, y en cuanto a escenario: pinturas, retablos y esculturas de reconocidos artistas y representantes de diversos estilos. ACEVEDO señala en la reseña de la Iglesia de San Diego: “Esta iglesia, como las demás coloniales son verdaderos museos” (1933, p. 70).

Finalmente están los museos: Museo Nacional, la Quinta de Bolívar, el Museo de pintura y escultura y el Museo de la Salle. Escenarios creados explícitamente para la divulgación de la historia oficial, los valores científicos y artísticos.

La Bogotá antigua que representan las guías es ante todo el rostro particular, el supuestamente propio que hace única y diferente a la ciudad. Por ende, cada uno de los elementos que la conforman –lo Chibcha, los monumentos, las iglesias y los museos–, son fijados como lugares fundacionales de la ciudad, como los únicos escenarios donde es posible reconocer y reconocerse como pertenecientes a un territorio, a un colectivo. En sí, son los íconos de la historia de la ciudad, son la memoria, son los *elegidos*

para hablar de un pasado que da cuenta de lo que es el presente. En otras palabras, son la evidencia de una sociedad autoritaria que se impone como único relato posible, como afirma ACHUGAR: “El monumento, en tanto hecho monumentalizado, constituye la celebración del poder, del poder tener, el poder de monumentalizar” (1999, p. 154).

Y justamente ese rostro es una ciudad con un fuerte nexo con España, europea, una ciudad que institucionaliza la herencia española como parte de la cultura tradicional, bajo un pasado que se remite casi exclusivamente a la Colonia. Esta hispanización de la memoria determina los “valores” –civilización, alta cultura, etc.– que se pretenden mantener e imponer, valores ajenos a otro tipo de culturas: la indígena, negra, etc. Este imaginario del pasado se da desde una visión conservadora, autoritarista, que muestra una sociedad exclusivamente católica, aristócrata, clasista, patriarcal y racista. A su vez, es una ciudad que tiene una historia “originaria”: la Chibcha, pero que se quedó allí, en el remoto pasado, que nunca trascendió en el tiempo, que tuvo la suerte de ser colonizada y por lo tanto lograr “evolucionar” hacia la prometida “civilización”.

Este pasado niega la multiplicidad, justifica una sociedad imaginada desde un pasado dictatorial, casi imposible de cambiar: ya está escrito, narrado, expresado, y sólo es permitido indagar en este campo a los historiadores, a los especialistas. Por ello, es fácilmente identificable la ciudad antigua en las guías, porque, como se mencionó anteriormente, es hablada desde la academia a partir de un lenguaje ilustrado.

Igualmente, para poder controlar la memoria de la ciudad, se hace necesario otro dispositivo: los escenarios de poder. Como señala CANCLINI, para que la memoria sea legítima es necesario ponerla en escena, teatralizarla a partir de conmemoraciones, monumentos

y museos. Ésta es la base de las políticas culturales autoritarias, en el sentido en que determinan un repertorio fijo compuesto de objetos valiosos, de prácticas sociales, donde el espectáculo ya tiene establecido un principio y un fin. Estos escenarios, del cual indiscutiblemente el museo es el protagonista, se convierten en una necesidad de la ciudad moderna, una necesidad en tanto la ciudad se está reconstruyendo constantemente, modificándose, por lo tanto son los únicos espacios donde la justificación de lo que supuestamente somos no corre el riesgo de enfrentarse a la duda y por ende al cambio.

Al mismo tiempo, al ser una puesta en escena, son el mejor mecanismo de transmisión de conocimiento, de la memoria, por no decir, celebración del poder. En este sentido, “ser culto es aprehender un conjunto de conocimientos, en gran medida icónicos, sobre la propia historia, y también participar en los escenarios donde los grupos hegemónicos hacen que la sociedad se dé a sí misma el espectáculo de su origen” (GARCÍA CANCLINI, 1990, p. 152). Por ende, para las personas que no tienen acceso a los códigos de lectura, aparte de ser estigmatizados como incultos, “la memoria” se convierte un conjunto de objetos sin sentido, sin ninguna relación con el presente, en donde no se ven representados ni ellos mismos como individuos, ni como colectividad: “La selección de los monumentos suprime la realidad de las tierras y la de los hombres, no testimonia nada del presente, es decir histórico; por eso el monumento se vuelve indescifrable, por lo tanto, estúpido (BARTHES, 1980, p. 126).

La ciudad progresista

La ciudad progresista emerge desde el anhelo de convertirse en una “gran metrópoli”, una ciudad industrializada, basada en una organización racionalista, una ciudad en obra, en plena construcción, que se transforma constantemente, se expande y crece hacia el inevitable *progreso*. Es, en palabras de



Revista Viajes, n.º 23, Bogotá, agosto de 1938.

BERMAN, “la tradición de lo nuevo”. (1991, p. 309). La ciudad capitalista en formación, la de la pequeña burguesía que da cuenta de nuevos hábitos y por ende subjetividades; la de los clubes privados donde el “lujo y refinamiento” se dan cita; la que asiste a los innumerables cafés situados en la carrera séptima, donde “se dan conciertos a medio día y por la tarde, bailes, entre otras atracciones, todos montados con lujo y gusto” (ACEVEDO, 1933, p. 37). Pero, ante todo, es la ciudad urbanística, la ciudad estructural, física, estética, material, la ciudad funcional que se despliega ordenadamente en el espacio público y privado inundado de bancos, avenidas, carros, edificios, barrios residenciales y cemento.

Pero para poder hablar de sí misma necesita de lo que construye como su contrario, lo que estigmatiza bajo categorías como atrasado, viejo, lo que ve como rezagos de lo tradicional y aldeano, es *la ciudad ruina*, la ciudad que bajo la mirada del progreso estorba, incomoda, la ciudad que inevitablemente hay que suprimir:

El aspecto de la ciudad en general es hermoso. Sus calles son rectas, hay algunas angostas y están casi todas asfaltadas; sus edificios son elegantes y

bien contruidos aunque se ven todavía, al lado de modernas construcciones, caserones antiguos de vieja y ordinaria arquitectura pero que están destinados a desaparecer para dar lugar a lujosas mansiones que ya se van viendo en muchas calles y que dan una idea del gusto y comodidad de sus moradores (ACEVEDO; 1933, pp. 28 y 29).

El progreso se justifica, se legitima en tanto construye a ese otro como negativo, en tanto mantiene esa comparación entre un antes repudiado y un presente prometedor. Detrás de una avenida existió una calle angosta; detrás de un gran edificio, de una mansión, había una choza, una casucha, etc., detrás de la riqueza subsistía la pobreza.

Pero la ciudad ruina, la base prima para la ciudad progresista, de repente tiene otro destino, una mutación que obviamente no va a aparecer en una guía turística –por lo tanto toca buscarla en otra fuente–, y que sólo llega a ser perceptible por lo que ella no muestra, por lo que excluye a toda costa: es *la ciudad invisible*, la ciudad marginada que se desplaza espacialmente de las fronteras de la ciudad moderna. Así se va izando el que parece el lema de la modernidad en la Bogotá de los 30: “Ver o no ver esa es la cuestión”, porque esa ciudad mirada como ruina es mencionada como justificación de la ciudad progresista, como obstáculo hacia los planes prometedores del progreso, por ende hace parte inevitable de la ciudad turística, aunque desde un destino ya marcado: su destrucción; en cambio, la ciudad invisible sólo es perceptible cuando interfiere en la contemplación, en la panorámica de la ciudad moderna, de resto, simplemente no existe.

Quiero indicar algo que ve todo pasajero al llegar a Bogotá por la vía de la Sabana, y que sin embargo, lejos de remediarse, se empeora cada día [...] se están construyendo numerosas casuchas sin plan, sin estética y sin higiene. El espectáculo que se presenta al llegar a la

ciudad es algo semejante al que ofrece la aglomeración desordenada y sucia de un campamento de gitanos [...] Ya que el plano de Bogotá y el acuerdo que reglamenta la construcción de barrios nuevos en lo referente a alcantarillado, anchura de calles, distribución, altura y belleza de las edificaciones, etc., no se hace cumplir, por lo menos, para evitar el horrible aspecto de la ciudad al llegar y el consiguiente concepto de ciudad atrasada y fea que el viajero se forma, insinúa la idea de que la empresa de ferrocarriles de Cundinamarca construya entre [...] una pared de ladrillo de cinco metros de altura, que delimite su zona y que tape la vista del poblacho que se está construyendo [...] (*El Tiempo*, 28 de diciembre de 1925, p. 3).

Un ejemplo del paso de la ciudad ruina a la ciudad invisible. Los barrios en formación son estereotipados como de atraso, feos, sucios, antiestéticos, etc., y a su vez, son fijados en una única representación: *casuchas, poblachos*; más allá no hay nada, no hay personas, no hay una comunidad, no hay conflictos sociales ni formas de vida. Sencillamente, interferencias en la panorámica estética del viajero, en el imaginario de ciudad moderna, que hay que invisibilizar a toda costa (me pregunto, ¿qué pensará un viajero al llegar a Bogotá por la Avenida el Dorado?). Al sostener que la existencia de esos poblachos en la ciudad se debe a la falta de cumplimiento de una reglamentación, al no seguimiento de la vía ya marcada por el progreso, se está reduciendo la problemática a una simple afirmación, ellos viven así porque quieren, negando los factores económicos y sociales que impiden otras condiciones de vida, negando esa violenta indiferencia, esa exclusión y rechazo.

Al mismo tiempo, la ciudad progresista enaltecida en las guías, no da cuenta de que, así como construye grandes edificios y hermosos barrios residenciales, también

es una de las causas de la ciudad ruina, de la ciudad invisible. En primer lugar, como se mencionó anteriormente, si no existiera el discurso de la ciudad progresista no habría esa mirada marginal que construye la ciudad ruina y que vuelve invisible el resto; pero también, si el mito del progreso no se hubiera convertido en la promesa, para muchos campesinos y grupos marginales, de alcanzar una vida mejor, no se habría dado paso a las grandes migraciones y por ende al surgimiento de los barrios obreros y de los barrios piratas. Además, surge la pregunta, ¿quién construiría la ciudad progresista?

No obstante, en una de las guías se infiltra un escenario que no pertenece a la ciudad antigua ni a la ciudad progresista, podría ser de la ciudad ruina o de la ciudad invisible, no es seguro a cual pertenece, ambas se confunden, son a veces las mismas y otras veces diferentes.

La plaza en general ofrece uno de los aspectos más pintorescos que puedan ofrecer otras plazas de América en igual género. La influencia de campesinos provenientes de diferentes regiones con sus típicos trajes en mezcla con la sociedad bogotana de todo género; la variedad de productos de todas zonas y climas; el ir y venir de vendedores ambulantes, curanderos y todo género de aventureros que con exageradas ponderaciones de sus artículos buscan la manera de poderlos vender a los ingenuos campesinos. En el centro, una rotonda dedicada a las frutas y flores llegadas diariamente de todos los climas, acaban de ponerle a este lugar el colorido más atrayente que pueda ofrecer al viajero (ACEVEDO, 1933, pp. 85 y 86).

En este escenario se da el encuentro de diferentes actores que nunca habían aparecido, que no pertenecían a los espacios reseñados: campesinos, vendedores ambulantes curanderos y aventureros –obviamente

diferenciados de la sociedad bogotana—. Además aparece la naturaleza, pero no la naturaleza hecha parque, es decir, espacio fragmentado, diseñado y construido como parte de la narrativa de la cultura del cemento, sino en frutas y flores. ¿Será que estamos siendo testigos de la incorporación de esa ciudad negada, vista desde otra perspectiva, que le permite ser parte del relato de la ciudad moderna? Ciertamente sí. Estamos viendo uno de los primeros indicios de lo que se podría llamar *la ciudad exótica*, la ciudad negada, excluida, mirada desde lo “pintoresco”. Estamos viendo cómo a partir de la mirada del posible turista, del extranjero, la ciudad marginada es convertida en producto de consumo, en espectáculo de la alteridad, de la diferencia. Estamos viendo cómo escenarios y protagonistas de conflictos sociales, son reducidos a particularidades atrayentes y coloridas.

Aunque en las guías de los 30 no está casi presente la ciudad exótica, después de la posguerra esta ciudad empieza a emerger con fuerza a partir del discurso, que subsiste hasta hoy en día, de esa “personalidad particular de la ciudad”, es decir, el campesino al pie del ejecutivo, la zorra o el camión cargado de frutas en el mismo carril del mercedes, el vendedor ambulante en la puerta del museo. El eterno contraste social que ya es inevitable ocultar y es narrado para el turista como esa identidad singular que hace única y encantadora a la ciudad. Como señala JARAMILLO, “A veces se da cabida o espacio a estereotipos de lo tradicional: campesinos en burro, hombres jugando tejo, fútbol, plaza de flores, etc. Estas imágenes combinan el sueño moderno de la metrópolis y la ciudad tradicional de principios de siglo, que en cierto modo todavía existe en medio de la otra, pero se olvidan los contextos de violencia, exclusión y pobreza” (2003, p. 101).

Un ejemplo, un poco al margen de las guías

mas no del discurso de ciudad turística, es el siguiente fragmento de un artículo de *El Tiempo* de 1933, en el que un bogotano muestra como puede ser transformado el significado de lo que es una ciudad invisible hacia una ciudad exótica, todo depende de quien la mire:

Aunque el excursionismo se ha propagado en Colombia de modo sorprendente, son muy raros los exploradores, si es que los ha habido, que se hayan dado a la tarea de explorar Bogotá. Para el hombre de la calle, la ciudad se reduce a unos cuantos bloques de cemento en donde funcionan los bancos y el comercio, y a ciertas zonas de residencias reservadas para las clases pudientes y para la clase media. Pero si ese mismo hombre de la calle le echa un vistazo al plano de Bogotá podrá observar que hay pequeñas ciudadelas encerradas a donde él nunca ha llegado, barrios obreros que están fuera del radio de sus posibles observaciones, callejuelas que trepan por la inverosímil pendiente de los cerros —¿quién aquí sabe de la carrera 19 al este?—, y todo esto en una extensión que es tres o cuatro veces mayor que el área urbana conocida por él. A millares se cuentan las personas que han cruzado por sus dos diagonales el cuadrilátero de la república. Esas personas han visitado las tribus salvajes, han bordeado abismos, han traído a nuestro conocimiento las más extrañas narraciones. Pero si hubieran reducido a nuestra ciudad sus excursiones, la novela de Bogotá que hubieran hecho, sería más sorprendente aún. Cuando aquí se dice, por ejemplo, que hay un enjambre de chicuelos que tienen por juguete la escalera enorme de una calle, como apuntaba algún día uno de nuestros mejores cronistas, y que por ella se tiran desnudos y mugrientos como en los viejos arrabales de Constantinopla o en ciertas ciudades pestilentes de la India, esto se oye como un cuento oriental. Hay suburbios

en donde la gente menuda lleva su collar para que la amarren a la pata de una cama, o a una estaca, como a los cerdos. En otros sitios, se han inventado jaulas para que allí esos mismos chicuelos pasen el día, mientras los padres asisten al trabajo. ¿Quién ha visto esto? No se explica por qué los exploradores buscan rutas lejanas, cuando por aquí tienen programa que no cede en atractivo a los de un viaje por la selva. Costumbres desconocidas, maneras de vivir extravagantes, abismos sociales: todo a menos de un kilómetro de la Plaza de Bolívar (*El Tiempo*, 1933, p. 4).

Para quién se habla

Finalmente, la representación de Bogotá turística empieza a ser más clara cuando se indaga para el público hacia quien va dirigida. Las guías van dirigidas al otro, ya sea turista, extranjero, o viajero. Ese otro que proviene de tierras lejanas, no es cualquier otro, es el otro que los autores quieren que venga, quieren que conozca la ciudad, es el otro que proviene de las culturas “admiradas”, es el otro que posee el capital económico para venir e invertir en la ciudad, es el otro a quien, se podría decir, se quiere vender la ciudad. En ese sentido se puede hablar de una representación de ese otro, en el momento en que los autores diseñan y realizan las guías de acuerdo a un estereotipo imaginario, que es el que se presupone va a emplearlas.

Pero la representación de ese otro, de ese extranjero, no es visible de forma directa en las guías. En ambas guías se señala, en la introducción, que van dirigidas no sólo al extranjero sino igualmente al turista nacional, y en, aparentemente, menor medida, al bogotano que quiera indagar y conocer más sobre su ciudad. Sin embargo, se reconoce que las guías son producidas por y para los sectores altos y medios, constituidos por las personas que saben leer, pueden comprarlas y poseen entre sus prácticas informarse, y emplean este medio. No obstante, surge la

pregunta por el imaginario del turista que se quiere atraer, ¿quién es el posible turista de los años 30? Para responder, fue necesario indagar en otras fuentes oficiales de la época, como la primera revista turística *Viajes*, dirigida por el Consejo Administrativo de Ferrocarriles Nacionales, y algunas leyes y decretos.

Como punto de partida, comenzamos por analizar qué se entendía por turismo. Como advierte RICARDO VALENCIA RESTREPO en su artículo “El Turismo en Colombia”, “será un motivo de meditación y sorpresa ver cómo se pierde una fuente que se explota en todos los rincones del mundo”. El turismo es ante todo generador de riqueza; países como México y Perú, “han hecho de sus monumentos arqueológicos sitios de especial interés, por lo cual reciben cientos de millones de dólares...” (*Viajes*, n.º 23, 1938). Países como Italia, Francia, Alemania y Suiza deben en gran parte sus riquezas al fomento del turismo.

Al mismo tiempo, es la oportunidad de dar a conocer en el exterior las ventajas que tiene el país, es el escenario propicio para la creación de lazos comerciales que movilizan la inversión extranjera.

No es tan sólo un ser explotable, para quienes carecen de cierta comprensión social, a quien se encuentra una sola vez en la vida. Los exentos de sensibilidad compleja no alcanzan ni a sospechar

que un forastero es una oportunidad para enlazarlos al resto del mundo, para dispersar impresiones gratas; es un heraldo que llevará en su retina nuestro ambiente y junto con él las gratas impresiones que hayamos podido proporcionarle (*Viajes*, n.º 22, 1938).

El turismo se convierte en promotor del progreso, en una de las llaves mágicas para entrar a un sistema capitalista internacional. Pero el mito que se empieza a formar en torno al turismo no sólo se potencia en lo económico, también tiene su correlato en el imaginario cultural. En los diferentes escritos de la época, los turistas, fuera de ser definidos como hombres con grandes cantidades de dinero, son enunciados desde calificativos como sabios, civilizados, cultos, etc. En ese sentido, el turismo es visto como promotor de la civilización, al imponer al turista como el modelo a seguir, un ejemplo educativo que enseñará a los bogotanos, a los colombianos, los buenos modales, cómo comportarse, los correctos hábitos sociales.

Partiendo de entender el significado del turismo en los años 30, se empieza a formar un perfil del turista al que van dirigidas las guías: hombre de dinero, preferiblemente comerciante, proveniente de territorios civilizados. Dicho perfil se aclara al leer el artículo 1.º del Decreto 1615 de 1936, por el cual se dictan algunas disposiciones relacionadas con la entrada y salida de turistas extranjeros al territorio de la República:

Para los efectos del presente Decreto, entiéndase por turista extranjero cualquier ciudadano del Canadá, Estados Unidos de Norte América, de los demás países que forman el Continente Americano, así como de Alemania, Austria, Bélgica, Checoslovaquia, Dinamarca, España, Francia, Gran Bretaña, Holanda, Irlanda, Italia, Japón, Noruega, Portugal, Suecia y Suiza... (*Diario Oficial*, 18 agosto de 1936, p. 285).

Este es el turista extranjero para el cual se diseñan las guías, contrario a otro tipo de extranjero el cual no es deseado:

Tampoco puede decirse *a priori* que toda inmigración o siquiera visita turística de extranjeros nos sea beneficiosa o deseable, porque nos trae civilización, o provecho económico o enseñanzas de alguna utilidad, por cualquier aspecto. No basta poner los ojos sobre aquella oleada, o más bien riada de inmigrantes y visitantes anónimos y famélicos, que llegan a nuestro país mes por mes, con todas las taras y lacras individuales, sociales y raciales [...] creando así problemas sociales nuevos o agravando los ya existentes [...] En fin, que proviniendo de Europa en donde todo es, en el sentir de nuestro pueblo, superior a lo nuestro, escandalizan a quienes contemplan tanta miseria y tanta degradación. Se trata principalmente de turcos, eslavos y judíos, de quienes, con excepciones bien señaladas, nada hay que aprender ni aprovechar, y sí mucho que censurar y que temer, en razón de lo cual se impone como medida de seguridad nacional la limitación y selección para su entrada y permanencia en el país... (MEDINA, 1940).

El turismo evidencia un orden mundial, en el que países como España, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, entre otros, se sitúan en una escala superior, como ejemplos a seguir, como modelos del progreso, en contraposición con Eslovenia, Turquía u otros territorios que no son mencionados: África, Asia, etc., catalogados bajo conceptos de miseria y degradación. Estas condiciones sociales son asumidas como amenazas que hay que evitar, como una especie de contagio al cual hay que cerrarle las fronteras.

Latinoamérica

Bogotá, y por consiguiente Colombia, se

sitúa estratégicamente en este mapa político como un territorio en proceso de formación, como una población situada en el medio de esta escala de valores que lucha por alcanzar el progreso. Se produce una relación de hegemonía y subalternidad, en la cual, Bogotá tiene la obligación de seguir el camino ya indicado por los países industrializados, sólo posible a partir de la intervención y asocio de éstos, al mismo tiempo, que lucha contra la angustia de caer en condiciones de miseria.

Reflexión final

La auto-representación que hacen las guías turísticas de Bogotá en los años 30 refleja el proceso de formación de lo que se entendió por modernidad; una modernidad sin la cual no era posible pensar en ciudad, una modernidad sinónimo de occidentalización, una modernidad que implicaba definirse desde lugares comunes a culturas hegemónicas y por ende desde significados como progreso, industria, capitalismo y civilización. Una modernidad importada, que no se ajustaba a las condiciones sociales de la ciudad, pero que no por eso dejaba de ser la mejor estrategia para pensarse a sí misma.

Una modernidad que se concilia con el pasado, pero con el único pasado posible, el creado y narrado desde la academia, desde los centros de saber, desde los escenarios de legitimación. Una memoria que va acorde con el dictamen de la vía del progreso, es decir, una memoria eurocéntrica que nace con los valores heredados de la conquista española y que en algún momento visibiliza lo indígena pero desde un pasado inmodificable, ya superado. Una modernidad que contradictoriamente no es secular sino católica por tradición, pero que pareciera más una religión por signo de civilización que por creencia.

Una modernidad que permite la formación de la ciudad, de una ciudad funcional pensada para unos pocos, pero presentada como la única posible y sobre todo como la mejor

posible. Habitada sólo por hombres blancos, que trabajan en grandes edificios, guardan su dinero en bancos, después del trabajo van al club o al teatro, para, finalmente, conducir su automóvil por las grandes avenidas hacia el descanso en sus casas quintas, al norte de la ciudad.

Una modernidad que hace visible una ciudad homogénea, sin conflictos, sin problemas, en donde no hay cabida a la violencia, la pobreza, las diferencias de clases. Una ciudad de catálogo, en donde lo que contradice la mirada del progreso es simplemente definido como aquello que va a desaparecer o, en el mejor de los casos, como un rasgo pintoresco. Una ciudad llena de límites y fronteras, una ciudad reducida al centro y al norte, en donde oriente y occidente apenas existen y el sur, ¿cuál sur?

Una ciudad capital que se proclama el corazón de Colombia, y que por lo tanto sólo puede autodefinirse desde el progreso, desde la civilización, como cultura hegemónica que mira al resto del país como los hijos pequeños que tiene que guiar y conducir, reproduciendo la misma relación de subordinación que generan los países autodenominados industrializados, modernos.

Una modernidad que convirtió a la ciudad, a través del turismo, en un producto de consumo, un producto sólo asequible a aquellos que poseen los medios económicos. Una ciudad que convierte a todos en consumidores y al resto, el que no puede adquirir ese nivel económico, en eternos realizadores detrás de las bambalinas o, sencillamente, en residuos, en desperdicios.

Bogotá turística, la ciudad perfecta para la mirada del extranjero, la ciudad perfecta para el capitalismo, el mejor instrumento de ocultamiento que elimina las posibles miradas y encuentros sobre las múltiples realidades y conflictos de la ciudad.

Finalmente, creo necesario hacer algunos comentarios sobre mi visión frente a las guías turísticas y frente a la ciudad en sí. En principio, se podría llegar pensar que mi posición es un reclamo por la no aparición en las guías turísticas de la “ciudad ruina, la ciudad invisible”, pero realmente no es así. Incorporar a esas otras ciudades sería en cierta manera, seguir el juego planteado por los autores de las guías, ya que al incluirlas estaría partiendo del mismo señalamiento que las construye negativamente, estaría tratando de reivindicar una ciudad desde la misma óptica que ya la ha construido y estigmatizado.

Mi posición no es que lo que aparece en las guías es verdad o nó, o si es bueno o malo; mi posición parte de entender que las representaciones que aparecen en las guías reflejan y movilizan una serie de problemáticas sociales que deben ser tenidas en cuenta. Mi posición reclama evidenciar las estrategias por medio de las cuales se crean este tipo de representaciones culturales, denunciar cómo una narración aparentemente banal construye y transmite una visión del mundo, de la realidad, como si fuera la mejor, ayudando a perpetuar un orden social excluyente y extremadamente violento.

Mi apuesta en principio es generar polémica, debate; es preguntarse qué es el turismo, qué es Bogotá, qué hace a una ciudad; es pensar en la posibilidad de otra forma de ver y crear ciudad; es pensar que existen otras miradas, que aunque no son tan visibles ni reconocidas como legítimas, también dan cuenta de lo que es Bogotá, en fin, es propiciar un espacio para la disidencia.

No podría señalar una mirada en particular, primero, porque creo que no debe existir

⁶ Entendiendo por política, no las prácticas y escenarios tradicionales como el voto, la campaña, el senado, etc., sino los significados y la actitud bajo los cuales se entiende el mundo, las prácticas sociales, la vida.

solamente una sino varias, por lo tanto, mi mirada sería tan sólo una parte muy pequeña de las múltiples posibilidades, y segundo, porque pecaría de ingenua al creer que existe alguna representación que no excluya, que pueda llegar a representarnos a todos, como si fuera posible abarcar un supuesto “todo”.

Creo que al cuestionar las representaciones que existen sobre la ciudad (como en este caso las guías turísticas), al preguntarse desde dónde se habla, cuál es la intención, se caería menos en imaginarios comunes que naturalizan los estereotipos de la ciudad, que plantean lo bueno y lo malo, y que, por lo tanto, imposibilitan el cambio, como si se estuviera hablando de cosas ya dadas, originarias, identitarias y, por consiguiente, fijas. Creo que si cada uno de nosotros, antes de hablar, antes de dar por hecho algo, antes de asumir al otro como el otro, nos cuestionáramos desde dónde lo hacemos, de dónde provienen nuestros imaginarios, qué mundo deseamos, sería más factible asumir una posición política⁶, reconocernos como parte de la ciudad, como creadores de ésta y, por lo tanto, como potencia de acción, de cambio.

Mi apuesta es generar interrogantes en cada lector: cuál es su ciudad, desde dónde la mira, desde dónde la siente, cuáles son sus límites, sus fronteras, no existe una, existen muchas, pero cuál es la suya, cómo la vive, cómo la construye, cómo la habita. Mi lucha es desear y recrear constantemente otras ciudades posibles, otros relatos, otras narraciones. Es sentir que desde mi entorno es posible crear cada día una Bogotá más humana, una Bogotá desde los afectos, desde los encuentros, desde la vida.

Bibliografía

ACHUGAR, HUGO. “El lugar de la memoria. A propósito de monumentos”, en JESÚS MARTÍN BARBERO, FABIO LÓPEZ DE LA ROCHE y JAIME EDUARDO JARAMILLO (eds.). *Cultura y globalización*, Bogotá, Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional de Colombia, 1999.

AUGE, MARC. *El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*, Barcelona, Edit. Gedisa, 1998.

BARTHES, ROLAND. *Mitologías*, España, Siglo Veintiuno Editores, 1980.

BERMAN, MARSHALL. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Colombia, Siglo Veintiuno Editores, 1991.

ESCOBAR, ARTURO. *El final del salvaje: naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*, Bogotá, CEREC, 1999.

GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México, Edit. Grijalbo, 1990.

GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR. *Las culturas populares en el capitalismo*, México, Casa de las Américas, 1982.

GONZÁLES GALVIS, JUAN CAMILO. *Tres novelas bogotanas (1924-1935). Imaginación e ideología en la ciudad del Águila Negra*, Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2004.

HALL, STUART. “Introduction”, en *Cultural Representation and Signifying Practices*, London, Sage/ Open, University Press, 1997.

JARAMILLO MORALES, ALEJANDRA. *Bogotá Imaginada. Narraciones urbanas, cultura y política*, Bogotá, Alcaldía Mayor, Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2003.

JARAMILLO, SAMUEL. “La imagen de Bogotá en textos de los años treinta y noventa”, en ALBERTO SALDARRIAGA ROA, RICARDO RIVADENEIRA VELÁSQUEZ y SAMUEL JARAMILLO (eds.). *Bogotá a través de las imágenes y las palabras*, Bogotá, Tercer Mundo, 1998.

MEJÍA PAVONY, GERMÁN. *Los años del cambio: historia urbana de Bogotá, 1820-1910*, Bogotá, CEJA, 1999.

PRATT, MARY LOUISE. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

QUIJANO, ANÍBAL. “La nueva heterogeneidad

estructural de América Latina”, en *Hueso Húmero*, n.º 25, Lima, 1999.

ROMERO, JOSÉ LUIS. *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*. Medellín, Universidad de Antioquia, 1999.

URIBE CELIS, CARLOS. *Los años del veinte en Colombia: ideología y cultura*, Bogotá, Alborada, 1991.

URREGO, MIGUEL ÁNGEL. *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá 1880-1930*, Bogotá, Fundación Universidad Central, Edit. Ariel, 1997.

Fuentes

ACEVEDO LATORRE, EDUARDO. *Bogotá: Guía turística*, Bogotá, 1933.

CORTAZAR, ROBERTO –del Colegio del Rosario y de la Academia Colombiana de Historia. *Monumentos, estatuas, bustos, medallones y placas conmemorativas existentes en Bogotá en 1938*, Bogotá, Edit. Selecta, 1938.

El Tiempo. *Capacidad educativa del indio*, 23 de enero de 1924.

El Tiempo. JORGE TRIANA. *Por Bogotá*, 28 diciembre de 1925.

El Tiempo. *Por la ciudad desconocida*, 13 de diciembre de 1933.

Diario Oficial, Ley 86 de 1931, 22 de julio de 1931.

MEDINA, LEANDRO. “Turismo y turistas”, *Revista Viajes*, n.º 39, Bogotá, junio de 1940.

Revista Viajes. “El turismo en Colombia”, Bogotá, septiembre de 1937, n.º 12.

Revista Viajes. “El turismo en Colombia”, Bogotá, agosto de 1938, n.º 22.

VALENCIA RESTREPO, RICARDO. *Guías turística de Colombia*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1936.

VALENCIA RESTREPO, RICARDO. “El turismo en Colombia”, *Revista Viajes*, n.º 23, Bogotá, agosto de 1938.

URIBE RAMÍREZ, ENRIQUE. *Anales de Ingeniería. Estudio sobre turismo en Colombia*, vol. 42, n.º 556, Bogotá, marzo de 1941.